

anegan en sangre, y la tea del bárbaro y su hierro por doquier brillan siniestramente en aquella ocasión terrible, en que Amiano, enviado de Valente, no pudo contar los godos que pasaban del otro lado del Danubio al Imperio. San Agustín, después de haber salvado la libertad humana contra los maniqueos y la Providencia Divina contra los pelagianos, eleva en los aires la Ciudad de Dios, como una promesa de paz y de progreso, como un refugio á la perdida esperanza. El siglo décimo es un siglo horroroso. La idea de la próxima destrucción del mundo, ha sobrecogido á Europa y la ha postrado en la penitencia. La tierra se estremece y bambolea como nave combatida por la tormenta. Los espacios se tiñen de reflejos sangrientos, porque viene sobre ellos el Juez airado de vivos y muertos, á cuyo aliento se rollarán los cielos como un pergamino, y se disiparán los mundos como pavesas. El universo entero es el nido de la muerte. El trabajo se suspende. Los hombres sólo buscan un sudario. Llamán á las puertas de los claustros los Reyes y los Emperadores, ansiosos de cambiar las coronas por cogullas. El azadón se cae de las manos de los trabajadores. Una peste horrible quema la sangre y convierte los cuerpos en llagas pustulentas. El hambre es tan grande, que, para alimentarse los vivos, desentierran á los muertos. El demonio se sustituye á Dios, se agarra á las orejas de los Reyes, sube al trono del espíritu, junto á los Papas. En los cielos sólo resuena el cántico anunciando la ira divina; en la tierra el cántico pidiendo piedad y misericordia. Aquel oscuro mundo tiene tal idea del tiempo, que se le imagina mucho el período de mil años, y siente que al cumplirse resuena en los aires la estridente trompeta del Angel llamando á juicio los vivos y los muertos. Pero no sonó, y el feudalismo teocrático fué vencido. Y el histérico miedo de la humanidad fué disipado. Y el hombre comenzó á sentir toda la vida derramada en la naturaleza, y á hermanar su alma con la esperanza. Y la parálitica Europa cobró movimiento, se incorporó sobre las piedras de su claustro, dejó tras sí el sudario, y se fué á Oriente, á la tierra de los milagros, en busca del sepulcro de la tradición, para encontrar la cuna de la libertad y traer la primera aparición de la democracia en la moderna Historia.

El siglo décimo-tercio es el siglo en que se escribe el testamento del catolicismo. Las catedrales góticas son un testamento en arquitectura; los cuadros de Cimabue su testamento en pintura; la Divina Comedia del Dante su testamento en poesía; la Suma Teológica de Santo Tomás su testamento en ciencia; las Siete Partidas, que reúnen la jurisprudencia romana con la jurisprudencia eclesiástica de la misma suerte que los doctores reunían los Padres de la Iglesia con Aristóteles, su testamento en derecho; y su grande Papa, Inocencio III, deja escrito con esfuerzos increíbles su testamento en política. El siglo décimo-tercio es á un tiempo la Biblia y el Evangelio universal del catolicismo. Se reconstituye, se resume, se sintetiza, porque ha llegado el término de su ideal. Desde aquel día crítico todos los esfuerzos que la humanidad emplea para caminar hacia adelante saldrían de ese ideal. Y por eso el esfuerzo del catolicismo es volver al siglo décimo-tercio:

volver al gótico, dicen sus arquitectos; volver al misticismo artístico, dicen los pintores pre-rafaelinos; volver á la poesía dantesca, dicen los poetas; volver á la Suma, dicen los filósofos; volver á las Partidas, dicen los jurisconsultos; volver á la política de Inocencio III, dicen los más exaltados católicos. Mas no será posible: que está ahí el siglo del Renacimiento, la segunda mitad del siglo décimo-quinto, la primera mitad del siglo decimo-sexto. La naturaleza tomó una fecundidad increíble. Nacían los grandes hombres como no habían nacido antes, como no nacieron después, de tan alta calidad ni en tanto número. El soplo del espíritu divino había pasado por la faz del humano espíritu. El alma de la Europa moderna se debe á este día creador. Dios manda en legiones sus reveladores á la tierra. Guttenberg asegura la perennidad al libro, la rapidez de la luz á las ideas, la propagación de las especies en la naturaleza á los hijos del genio en el espíritu, con toscan alfabeto de plomo y sencilla máquina de presión. Erasmo se ríe con risa inmortal de las locuras místicas y monásticas de la espirante Edad Media; Hutten convierte su pluma en espada maravillosa que derriba los monstruos, los endriagos, las obsesiones todas con que la superstición tenía como enfermo el entendimiento. Lutero reivindica la autonomía de la conciencia humana; Ramus y Vives entierran la escolástica, el falso aristotelismo teológico, y llaman el pensamiento á la comunicación estrecha con la naturaleza y al estudio profundo de sí mismo; Paracelso encuentra la verdadera piedra filosofal, el principio de las ciencias químicas: Vesalio revela los secretos del organismo en la anatomía; Porta reconoce las propiedades de los espejos convexos en los fenómenos de la visión y prepara el telescopio; Gilberto descubre las virtudes de los cuerpos imanados; Cardán las leyes de las ecuaciones de segundo, tercero, cuarto grado, y la doble naturaleza de sus incógnitas; Pallisy, el mago alfarero, los comienzos de la geología, los tesoros de los fósiles; Servet la circulación pulmonar de nuestra sangre; Copérnico la moderna astronomía que imprime nuevo movimiento á este planeta, antes inmóvil, y hace visible, palpable, experimentar lo eterno, lo infinito; Marsilio Ficino despierta en los jardines de Florencia el alma de Grecia, evocándola con el habla divina de Platón; Brunelleschi corona las catedrales cristianas con los templos romanos elevados á las alturas en las maravillosas y atrevidas rotondas; Luis X resucita del polvo los fragmentos de la antigüedad y los corona y los exalta en apoteosis católicas; Leonardo de Vinci encuentra las formas perfectas; y Cellini anima con ellas los mármoles, los bronceos, el oro, la plata; y Rafael, Fidias de los pinceles, pinta la hermosa serena griega en sus ángeles y en sus vírgenes; y Miguel Angel raya con lo sublime en sus coros de Alcides, Profetas, Sibylas; y Ticiano sumerge la forma humana santificada y redimida en mares de luz, en cielos de innumerables colores; y Ariosto reemplaza las sombrías visiones del Dante con alegres y rientes visiones; y Camoens canta la Iliada de la navegación, del trabajo; y Shakspeare describe hasta el fondo de la naturaleza humana; y Cervantes pega la risa de Erasmo contra la Edad Media, que no había pasado de los labios



de la aristocracia inteligente, á todas las clases, á todos los pueblos, á todas las muchedumbres; y mientras el cielo se ilumina, y el espíritu se regenera, y el cuerpo humano se reincorpora y hermosea, Vasco de Gama encuentra al extremo Oriente, la tierra olvidada donde nace el sol, el teatro de lo pasado; Colón encuentra al extremo Occidente, la tierra desconocida donde el sol se pone, el teatro de lo porvenir; y Magallanes atraviesa el extremo meridional de América, entra vencedor en el Pacífico, y enseña el camino á Sebastián del Cano, para dar por vez primera la vuelta al planeta; de suerte que cielos, soles, mundos, la naturaleza y la conciencia se revelan en todo su esplendor, toman desconocidos matices, como para celebrar con una divina embriaguez de ideas y de vida el nacimiento de la libertad. ¿El siglo décimo-sexto crea la libertad de la conciencia? Pues el siglo décimo-octavo crea la libertad de razón. En este sentido es menos poético, pero más útil que el siglo décimo-sexto. Y por su carácter, por sus tendencias, por su ideal, comienza en el siglo décimo-octavo alemán el gran movimiento religioso, que ha de tener en política tanto y tan grande influjo como el movimiento filosófico, pero con una diferencia esencialísima, á saber: que mientras el movimiento filosófico queda aislado en las escuelas, y sólo por derivaciones sucesivas llega hasta la política, el movimiento religioso anima, enciende, agita el corazón de las muchedumbres. Es el siglo décimo octavo un siglo de razón y de sentido práctico, un siglo que dispersa á los jesuitas y que congrega los filósofos, el siglo en que las Asambleas y las Convenciones suceden á los Concilios, el siglo en que los derechos del hombre se proclaman á una en América por el órgano de los Estados-Unidos, y en Europa por el órgano de Francia. Pero como el siglo décimo-octavo es un siglo revolucionario, tiene por necesidad toda la pasión y toda la injusticia de las revoluciones. Y su crítica, muy revolucionaria, poco histórica, en verdad, porque el siglo décimo-octavo ignora todo lo que no sea su aspiración de emancipar la inteligencia, y con ella al hombre todo, su crítica se esgrime principalmente en las religiones. Para una gran parte de sus pensadores todas son imposturas, y más que todas aquellas, más cercana y más inmediatamente opresora de su razón, la fundada por Cristo. Es un siglo que desconoce la lógica, la dialéctica del desarrollo de la vida y de su serie. Abomina por lo mismo de la revelación. No comprende que jamás la conciencia se hubiera declarado independiente en el espíritu, y tras la conciencia la razón, si antes el espíritu no se hubiera reconocido y declarado independiente á sí mismo. Y para esto fué necesario romper la armonía entre el hombre y la naturaleza que brillaba en los antiguos griegos y en sus maravillosas estatuas; combatir, no ya el sensualismo, sino hasta la materia, hasta el vívido Universo; crear por el dolor, por la penitencia, por la maceración, en combate terrible con los sentidos, el alma humana en sí, por sí, desceñida, separada del mundo, como un sér total, independiente, infinito. Los filósofos del pasado siglo no vieron en el cristianismo sino la opresión presente, y se rebelaron contra el cristianismo, poseídos de una verdadera furia revolucionaria

ria que el siglo décimo-nono, el siglo por excelencia humano, el siglo sereno, imparcial, el siglo que ha creado verdaderamente la Historia y que ha hecho justicia á todas las manifestaciones del humano espíritu, no puede comprender. Pero estas pasiones exclusivas de cada tiempo han servido á la educación entera del género humano y al desarrollo progresivo de su luminoso ideal; porque si sus exageraciones han dominado por mayor ó menor espacio, también han destruído errores, concluyendo al cabo la sociedad por volver á su serena imparcialidad, y distribuir con sus debidas proporciones por todo su organismo la sangre de las ideas y entrar en su indispensable equilibrio.

El siglo décimo-tercio fué, pues, siglo de exaltadas ideas y de ruidosas contradicciones en el problema religioso, sobre todo, entre los pensadores alemanes. Wolff, con gran facilidad á su ministerio de filósofo, combatió lo sobrenatural y sostuvo que todo cuanto se cree llegado á nosotros por el maravilloso conducto del milagro pudo llegar también por medio de la razón natural. La filosofía preparaba así el camino á una transformación religiosa, de la misma suerte que la transformación religiosa preparaba una transformación política. Los escritores que llevaban la idea nueva, la idea racionalista á todas las esferas de la práctica, á todos los furores de la controversia, á todas las pasiones de las escuelas, eran escritores en literatura escasos, en ciencia pobres, apasionadísimos en sus juicios, de un estilo verdaderamente deplorable por su mediocridad, y si alguna vez se exaltaban, más deplorable todavía por su furia y por su inconveniencia. Edelman comenzó en religión por ser apologista y concluyó por ser excéptico. Sus dudas eran bien extrañas en protestante tan piadoso y racionalista tan reciente. Se preguntaba á sí mismo si los irracionales no eran más felices que los hombres, que los ángeles mismos, por no tener en la mente estos problemas religiosos llenos de ideas, pero henchidos también de dolores y de angustias. Se preguntaba cómo el hombre regenerado por Cristo puede continuar pecando, y si continúa pecando, cómo ha sido regenerado. Se preguntaba si era eficaz el bautismo cuando no alcanzaba á borrar el pecado. Y después se dirigía contra todos los dogmas, contra todas las creencias, y declaraba que todo el Viejo Testamento había sido escrito en tiempo de Esdras, y todo el Nuevo Testamento en tiempo de Constantino, obedeciendo la redacción del primero á las preocupaciones de una raza, y la redacción del segundo á las necesidades de la política. Compañero de Edelman en la obra de criticar la religión histórica fué Nicolai. El doctor Straus se queja en uno de sus más profundos escritos sobre los problemas religiosos del menosprecio profundísimo en que suelen tener los reaccionarios alemanes el siglo décimo-octavo, llamándole por excelencia siglo de Nicolai, pésimo escritor. Sin embargo, este pésimo escritor era conocido de todos los grandes genios de su tiempo, al revés de Tácito, que se gloriaba de no conocer á los emperadores ni por sus beneficios, ni por sus injurias, *nec beneficio, nec injuria cognita*. Nicolai fué, ó amigo entusiasta ó enemigo encarnizado de todos aquellos que se consagraban en su tiempo á las



letras y á las ciencias. Su crítica ligera, su tono burlón, sus conocimientos superficiales, sus salidas bruscas, sus injurias soeces, le atrajeron reputación abominable y odios inextinguibles. Pero vengábase ruidosamente clasificando á todos los escritores en tres categorías: cabezas redondas ortodoxas, embrollistas estéticos, cerebros cascados filosóficos. Después publicó una novela contra la vida de los pastores protestantes; más tarde, en su vida es por Suiza, atacó ruda é inconvenientemente á todos los catedráticos, sacerdotes y poetas más ilustres de su tiempo, achacándoles el pertenecer á una inmensa sociedad jesuítica destinada á subvertir los caracteres y á viciar las ideas de su tiempo. Naturalmente, todos aquellos grandes genios, zaheridos y maltratados por un hombre de vulgar entendimiento y de mediano estilo, habían de vengarse en frases que por su relieve y su mérito quedarán grabados indeleblemente en la conciencia humana. Su reputación, por tanto, es innecesaria. Exageró, es verdad; pero combatió con el mismo ardor que los enciclopedistas, aunque sin su genio y sin su gracia, un clero que en el fondo era tan atrasado é intolerante como el clero católico. Su ministerio se parece en mucho al ministerio de los filósofos del pasado siglo, que, ahuyentando las ideas teológicas y sobreponiéndolas al sentido común, creían realizar una revolución filosófica, y en realidad, realizaban una revolución democrática. Bahrdt cierra el ciclo de estos escritores, intermedios entre la religión y la filosofía, nacidos en el protestantismo y destinados á minar la Iglesia protestante. Nervioso, impresionable, cambiante, tornadizo, atento á sus pasiones más que á sus estudios, predicador desde los diez y siete años, precoz por consecuencia, y como todos los jóvenes precoces, sin desarrollo y sin madurez verdadera, teólogo de profesión, filósofo de aficiones, y además cocinero, peluquero y tabernero; su vida se parece siempre á la miseria, husmeando siempre el dinero, amante de esta dama, esposo infeliz de la otra, querido desgraciado y aporreado de la de más allá, criado y señor á un tiempo, lleno durante algunas horas de respetos, y abandonado á la hora siguiente á todos los sarcasmos y á todos los insultos; su vida, decía, se parece á una de esas novelas picarescas; su tipo á uno de esos extraños tipos que nuestros escritores copiaron del natural, y que la fácil pluma y el brillante talento de copista que distingue á Lesage transmitieron á toda Europa. Nacido y criado en el protestantismo, predicador, y predicador casi pietista, llegó de extravía en extravía hasta forjar una novela sobre la vida de Jesucristo, y hasta decir que, así como Confucio y Moisés eran hombres extraordinarios que precedieron á Cristo, Cristo no fué sino otro hombre extraordinario, aleccionado en una sociedad secreta, circuido de antiguos masones y destinado por la Providencia también á servir á su vez de predecesor á Bahrdt.

Realmente el hombre que funda la libertad de pensar en Alemania es Federico II. En la historia de su raza no hay carácter más atractivo porque no hay carácter más humano. No es su idea la idea estrecha de Arminio; no es su pasión la pasión nacional de Lutero,

en la idea y la pasión de la humanidad. Los que entran en la Historia, en sus tortuosidades, en sus asperezas, como si entraran en la región serena y tranquila de la filosofía, suelen echarle en cara que escribió ardiente libro contra Maquiavelo y puso por obra prácticas maquiavélicas; que cantó los beneficios de la paz como un Virgilio y sembró la guerra como un César; que maldijo de la conquista como el abate Saint-Pierre y fué de los conquistadores como Ciro y como Alejandro. Pero los que examinan los hombres y las obras de los hombres, midiendo las dificultades que encuentran, los obstáculos que vencen, los males que ahogan y los progresos que traen, jamás admirarán bastante al filósofo coronado, que, solo en el mundo, perseguido de todos los poderosos, acosado por rusos, tártaros, croatas, húngaros, franceses; abandonado de sus amigos y de sus aliados; con su pequeño abigarradísimo ejército; sin más fuerza que su vigorosa disciplina y sin más impulso que la grande alma de su general, impulsada á su vez por otra idea más grande, crea en el centro de Alemania la potencia destinada á ser, respecto á la libertad de pensar, lo que fueron los Oranges é Inglaterra respecto á la libertad política. No hay que dudarle; el instrumento de que se valió fué un mal instrumento, la monarquía absoluta; las manchas que afean su reinado son grandes manchas, la desmembración de Polonia; su conciencia no se eleva muchas veces hasta el ideal absoluto de justicia; sus labios lanzan epigramas que cuestan guerras; su escepticismo degenera en sarcástico y ligero; pero con todos estos defectos, con mayores todavía si se quiere, no hay ninguna personalidad de su tiempo en que estalle con tanta fuerza y tanto brillo el inmortal espíritu de su siglo, aquel siglo humanitario por excelencia. Aunque otros timbres no tuviera, bastaríale para su gloria el que apenas recibe su dominio de dos mil leguas cuadradas y de tres millones de habitantes, quebranta desde este reducto el formidable Sacro Imperio, el representante de la tradición, el Goliat del absolutismo, el carcelero de todos los pueblos, el enemigo de Guillermo Tell, el verdugo de Juan Huss, el asesino de Padilla, el envenenador de las razas latinas, el monstruoso Imperio austriaco, que, de haber triunfado, quemara hasta la médula de nuestros huesos, redujera á pavesas nuestra conciencia é hiciera de toda Europa lo que hizo con su nefasta autoridad y su terrible política de nuestra feraz España, un desierto. La conquista de Silesia, que tanto y tan duramente le han criticado, fué la conquista de la libertad de conciencia, porque, compuesta en su mayor parte de católicos, recibieron todos éstos la consagración de su derecho de manos del Rey, educado en el protestantismo y crecido en la filosofía. Después de la batalla de Strieugan, en 1745, dos mil capesinos quisieron degollar á todos los católicos de la comarca. El Rey se indignó. La tolerancia humanitaria latió en su corazón, el espíritu del siglo se posesionó de su mente, el eterno Verbo Divino asomó á sus labios, é invocando el tema de «amad á vuestros enemigos,» pronunció un discurso, digno eco del sermón de la Montaña, que arrancó las homicidas armas á los dementes fanáticos. De gran memoria como conviene á un estadista; de